



TERESA ORDUÑA

maLEtA

de memorias

Valencia, noviembre 2014

Ilustración de portada: Cristina Robles

Diseño y maquetación: Publicalia diseño gráfico & comunicación

Depósito Legal: V-2607-2014

Impresión: Gráficas Marí Montañana

Maleta de Memorias

Teresa Orduña

*“-¿Qué esperabas? -suspiró Úrsula-. El tiempo pasa.
-Así es -admitió Aureliano-, pero no tanto.”*

Gabriel García Márquez, Cien Años de Soledad
(Pág.111 - Ed. Sudamericana, 1968)

Mudanza

–¡Mamá! ¿Dónde pongo los bajocamas?

–Aquí cariño, en esta caja.

Los bajocamas eran mis muñecos de debajo de la cama. Por aquel entonces solía dormirme con una mano bajo la cama y tocando mis pequeños muñecos que me daban paz para el sueño, pero a los que sólo conocía por el tacto. No podía perderlos en aquella mudanza. ¿Qué sería de mí?

Asustaban los hombres de mono azul que bajo la complaciente mirada de papá y mamá sacaban muebles de su sitio y se los llevaban para meterlos en un camión.

–¡Mamá! ¡No se llevan mi cama! ¿Dónde voy a poner mis bajocamas?

–En la nueva casa, cariño, tendrás otra cama y debajo podrás poner tus bajocamas. ¡Te lo prometo!

Por primera vez en mis siete años de vida desconfié de una promesa de mi madre y con la caja de los bajocamas apretada contra el pecho, corrí a refugiarme debajo de la mesita de los periódicos. Desde allí contemplé a los hombres del mono azul moviéndose a mi alrededor y, en un momento dado, arramblaron con la mesita de los periódicos dejándome sin casita.

–¡Mamá! ¡Que se llevan mi casita! –dije señalando la mesita que un hombre de mono azul transportaba.

Pero mamá, que no sabía que yo a esa mesita le llamaba mi casita porque ése era mi secreto, no entendió lo que decía, así que contestó cualquier cosa, como se hace con los niños cuando los adultos están muy atareados.

–Tranquila, cariño, todos tus juguetes ya están en la nueva casa

–¡Hazte a un lado, no estorbes! –dijo papá cargando un paraguero. Y luego, dirigiéndose a mi madre chilló–: Ocúpate de la niña. ¡Caramba!

–¿Por qué no lo haces tú? ¡Caramba! –contestó mi madre rebotada.

Y bla bla bla se pusieron a discutir dando voces.

Como siempre que discutían papá y mamá, yo corrí a refugiarme. Entré en la salita pero la mesita de los periódicos ya no estaba, y no tenía casita. Corrí hacia la cocina, al comedor, pero las habitaciones estaban vacías, sin hueco o recoveco donde refugiarse, y las voces de mis padres llegaban cada vez más altas y yo me ponía más y más nerviosa. Por fin, sin dejar de apretar contra mi pecho la caja de los bajocamas me metí en el armario del pasillo. Cerré la puerta. Estaba oscuro y me daba miedo pero ya no los oí y eso me tranquilizó. Puse a un lado la caja de los bajocamas, introduje mi mano dentro y comencé a acariciarlos. Poco a poco me fui durmiendo.

Me despertó la bofetada de papá que abrió la puerta de golpe y me riñó mucho, tomándome en brazos con fuerza y sacándome del armario.

–Los bajocamas, los bajocamas... –lloraba yo y señalaba la caja olvidada al fondo del armario.

Pero papá no hizo caso, tan enfadado estaba porque yo me había escondido y no me encontraban.

–Ya estoy harto de tus tonterías. ¡Vamos! –y me sacó en volandas.

Mamá esperaba en el coche y también me riñó. El trayecto hasta la nueva casa fue muy triste para mí. No tenía a los bajocamas para dormir y tendría miedo a lo oscuro y lloraría mucho. Papá y mamá no me hacían caso, hablaban todo el rato de lo bonita que era la nueva casa y me decían que ya era

mayor para dormir con bajocamas y que en la nueva casa todo sería distinto.

Pero no lo fue. Mis padres siguieron discutiendo y yo buscando un refugio.